

que después facilitarían la conquista de Al-Andalus.

Esta leyenda puede ser réplica exacta de la realidad militar de aquella época. Quizá la rápida y desordenada construcción de la muralla, como queda patente a simple vista, se hiciera de esta manera; sin llegar a ser una maravilla de construcción, en el segundo recinto amurallado y en la Torre del Homenaje ya se aprecia mayor planificación.

Casi tres siglos después de su construcción, el Castillo de Montizón fue objeto de disputas y enfrentamientos entre el Condestable Iñigo de Jaén y los Manrique de Lara. Cuenta una leyenda que por las órdenes del comendador Jorge Manrique fue encarcelado en la oscura mazmorra de Montizón un descendiente de Juan de Montiel, fundador de una de las familias más numerosas de la Torre en aquellos tiempos. El encarcelado, partidario del Condestable, no cesaba de pedirle al Cristo del Desclavamiento de la capilla del Castillo que le permitiera huir de una muerte segura. Una noche comenzó a arañar en la pared de cal y canto de la mazmorra y comprobó que ésta se desmoronaba con toda facilidad. Así continuó durante varios días hasta que consiguió atravesar el muro de cinco o seis metros excavando tan sólo con sus manos. Huyó aprovechando la oscuridad de la noche, pero fue visto por un vigilante que lo siguió a caballo. Viéndose perdido se arrojó al río y, ante su asombro, cruzó las aguas andando mientras que jinete y caballo se perdían para siempre en las profundidades de un charcazo que desde entonces se llama "tabla del ahogado". En esta peligrosa zona del Guadalén han perecido ahogadas muchas personas desde entonces.

DE SANTA TERESA A LAS BRUJAS

Los que nos quieren mal, o nos tienen envidia, nos han acusado a los villorreños de tacaños y poco hospitalarios. Quizá por esta causa nos colgaran tiempo atrás el sambenito de no haber querido dar cobijo a Santa Teresa de Jesús en uno de sus viajes hacia las fundaciones carmelitas de Beas de Segura y Villanueva del Arzobispo. Dicen algunas malas lenguas que, en un día perro de invierno que siguió a un verano de mala cosecha, entró a la villa la Santa acompañada de varias monjas jóvenes. Anduvieron por las calles recibiendo portazos a su paso y no abriendo las puertas a sus llamadas de ayuda. Desmayadas y sin haber descansado prosiguieron su viaje hacia Andalucía. A la salida del pueblo se paró Santa Teresa, miró hacia atrás y dijo: "De Villamanrique ni el polvo".

Lo único que parece cierto de esta leyenda es que Santa Teresa hizo parada y fonda en Villamanrique en su viaje. Lo del polvo de los zapatos ya está atribuido a otra ciudad.

Quien se llevó un mal recuerdo de las tierras villorreñas fue el rey Felipe IV durante su viaje a las andalucías, efectuado a finales del invierno y comienzos de la primavera de 1625. Su séquito se metió de barro hasta la cintura entre Cózar y la Torre, pero él ni siquiera se manchó. Al día siguiente les ocurrió lo mismo en el camino que discurre entre el antiguo molino del Marqués y la Liebre. La calesa real se atascó, el monarca fue sacado a caballo y, finalmente, cayó metiéndose de barro hasta la rodilla. Entre la broma y la ironía no le quedó más remedio que exclamar: ¡Nunca ninguna tierra del magno imperio español ha tenido un rey tan embarrado!

Finalmente, las leyendas villorreñas de los siglos XVIII y XIX giran en torno a hombres lobos que se dejaban pelos pegados al restregarse en las puertas de las casas durante las noches de luna llena, "marimantas" que paseaban su alma en pena y, sobre todo, brujas.

Una bruja es la principal protagonista de una vieja leyenda que trata de explicar el origen de una herradura de caballo grabada a fuego en el portón de una bodega que había en el callejón donde actualmente está ubicada la Cooperativa del pan. Un atardecer había unos cuantos mozos

bebiendo unas jarrillas en el lagar cuando por la puerta pasó una hermosa y enlutada mujer que no era del pueblo. Decidieron seguirla diciéndole alguna que otra impertinencia. La que parecía afligida viuda se dirigió a las afueras del pueblo, al lugar conocido como "Atrojes"; a partir de este momento comenzó a hacerse cada vez más alta ante la incredulidad de sus perseguidores. Cuando llegó a las huertas había crecido tanto como un chopo. Los mozos huyeron hacia atrás víctimas del pánico y perseguidos por el caballo negro en que se había transformado la bruja.

Se refugiaron en la bodega y sólo les dió tiempo a cerrar el portón antes de que el animal diera una coz en ella. En ese momento se oyó una voz que decía: "Os ha salvado la vida la cruz que lleváis encima". Buscaron y ninguno de ellos llevaba puesto crucifijo alguno. Al final se dieron cuenta de que en la navaja que uno tenía en el bolsillo había grabada una cruz de Santiago.

Gabriel POZO,
Villamanrique



Nuestros bosques

Los vegetales son la base sobre la que se sustenta la vida animal. Podemos decir que sin hierbas, árboles y arbustos no habría animales en la Tierra, ni siquiera la todopoderosa especie humana.

Sin embargo, parece que hemos olvidado este tan importante y esencial principio. Dicen que en tiempos de los romanos, una ardilla podía atravesar la Península Ibérica desde Gibraltar al Pirineo sin tocar el suelo a través de bosques de quejigos, encinas, robles, hayas, etc. Hoy nos bastaría dar una pequeña vuelta por nuestro entorno para darnos cuenta que esto sólo sería posible si el roedor en cuestión viajase montado en un avión.

De todas maneras la zona de que se ocupa esta revista aún conserva buena parte del esplendor forestal que antaño cubría nuestro suelo.

¿Qué decir del Valle de Alcudia y Sierra Madrona? El célebre botánico español Rivas Goday escribió: "... de Sierra Madrona al paraíso de la fitosociología hay solamente un paso...". Por su clima extraordinariamente benigno se dan la mano aquí las más diversas comunidades vegetales. Bosques propios del Sur, del Oeste, del Este y del Norte se encuentran juntos en esta zona. Quejigales, alcornoques, coscojares y melojares unidos a toda una cohorte de especies matorrales hasta setenta especies arbóreas que se han catalogado en la zona.

Los Montes son otro lugar de contacto entre la flora propia del Norte y la del Sur. Es, por ello, zona de gran riqueza florística y forestal. En esta zona privilegiada subsisten los bosques mediterráneos mejor conservados de Europa.

El campo de Montiel es menos conocida por sus bosques ya que está mucho más degradada salvo en la parte que toca con Sierra Morena donde aún se conservan algunas zonas forestales de importancia.

Esta espléndida base vegetal sostiene una no menos importante comunidad animal que merece, sin duda, conservarse. Rapaces de todo tipo: desde el diminuto cernícalo vulgar a la impresionante y rarísima águila imperial, pasando por todo el elenco de nuestras aves de presa diurnas: halcones, águilas culebreras, milanos, ratoneros, águilas reales, buitres negros y leonados, etc. También las nocturnas desde el búho real al diminuto autillo.

Entre los mamíferos podemos contar los de importancia cinegética: ciervos, jabalíes, etc. y los depredadores, rarísimos en toda Europa; el lince, el lobo, el gato montés, el meloncillo y otros muchos.

En estos bosques encontramos, de igual manera, multitud de reptiles y anfibios: serpientes, víboras, ranas, sapos, tortugas, lagartos y lagartijas de las más diversas especies.

Pues bien, todo esto se halla seriamente amenazado. La explotación abusiva e irracional de los montes queriendo extraer de ellos más de lo que pueden dar o simplemente cosas que no pueden dar, los incendios forestales, el descuido y la falta de cuidado de excursionistas y campistas, etc. Todas estas circunstancias van mermando la riqueza forestal de esta provincia tan castigada por diferentes catástrofes contra ésta, uno de sus principales recursos.

Una última observación antes de terminar. Cuando mires un monte piensa que es patrimonio de todos, que sobre él se sustenta la vida de todos, pero no te confundas, un conjunto de árboles no siempre es un bosque.

Javier GONZALEZ,
Torre de Juan Abad